

Las aventuras de Sherlock Holmes

Las aventuras de Sherlock Holmes

ARTHUR CONAN DOYLE



Colección: Nowtilus pocket
www.nowtiluspocket.com

Título: Las aventuras de Sherlock Holmes
Autor: Arthur Conan Doyle
Edición de: Alberto Laiseca
Traducción: Jorge León Burgos Funes

Copyright de la presente edición © 2010 Ediciones Nowtilus S. L.
Doña Juana I de Castilla 44, 3º C, 28027 Madrid
www.nowtilus.com

Diseño de colección: Marine de Lafregeyre
Diseño de cubiertas: eXpresio estudio creativo

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece pena de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ISBN 13: 978-84-9763-807-4
Primera edición: abril 2010

Printed in Spain
Imprime: Litografía Rosés, S. A.
Depósito Legal: B.3089-2010

Índice

Prólogo.....	9
1. Un escándalo en Bohemia.....	13
2. La Liga de los Pelirrojos.....	37
3. Un caso de identidad.....	63
4. El misterio de Boscombe Valley.....	83
5. Las cinco semillas de naranja.....	109
6. El hombre del labio retorcido.....	129
7. El carbunco azul.....	155
8. La banda de lunares.....	177
9. El dedo pulgar del ingeniero.....	205
10. El aristócrata solterón.....	227
11. La corona de esmeraldas.....	251
12. El misterio de Copper Beeches.....	277

Prólogo

Conan Doyle jamás se repetía. Este libro de cuentos, amenísimo (a tal punto que se lee de un tirón), plantea casos por completo diversos. En algunos ni siquiera hay crimen. Cuando las fechorías son de tipo moral, la ley no puede castigarlas. Así sucede en «Un caso de identidad». Luego que Holmes resuelve el asunto se ve obligado a echar a latigazos al malhechor, de Baker Street, como única forma posible de reparación. De manera tal que el monstruo, salvo el susto que se pega, permanece impune.

«El hombre del labio retorcido» es otro caso semejante. En realidad a este buen señor sí le correspondería una pena, pero a veces Sherlock es indulgente. Lo deja ir previo hacerle jurar que no volverá a hacer más esas cosas feas. Lo notable es que el otro cumple: en primer lugar por la vergüenza y el terror de verse descubierto, pero también por comprender que le sería fatal abusar de su buena suerte.

Pero el cuento, además, nos describe el interior de un fumadero de opio, repleto de muertos vivos, y otros lugares horribles que hicieron mis delicias.

Tanto aquí, como en «Un escándalo en Bohemia», vemos la increíble capacidad de Sherlock Holmes para transformarse. Maestro del disfraz y consumado actor. Curioso que justo a él cierta investigación se le complique a causa de que el delincuente use un disfraz aún mejor que el suyo. «Confieso que no recuerdo en toda mi experiencia un caso que pareciera tan sencillo a primera vista y que, sin embargo, presentara tantas dificultades», debe admitir Holmes, caminando entre tinieblas por primera vez en su vida. Con seguridad, nuestro buen Sherlock olvidó lo que dijo en un caso anterior: «...las cosas más extrañas e insólitas no suelen presentarse relacionadas con los crímenes importantes, sino con delitos pequeños e incluso con casos en los que podría dudarse de que se haya cometido algún delito».

«La liga de los pelirrojos» es uno de mis preferidos. Ciertos delincuentes urden la patraña más increíble e improbable a fin de conseguir sus fines. Lo más notable es que les sale bien. Por lo menos al principio, hasta que llega Sherlock Holmes. Los perjudicados en sus esperanzas y buena fe son unos pobres e inofensivos pelirrojos. La beca de por vida, que creyeron haber ganado, les dura poquísimo.

En la existencia de Holmes nunca entraron mujeres. A su indiferencia sexual se sumaba su desprecio por la inteligencia femenina, que consideraba pobrísima. Sin duda, se habrá adherido calurosamente a la máxima de Arturo Schopenhauer (otro misógino): «La mujer: ese animal de pelo largo e ideas cortas».

Todo hasta que aparece Irene Adler, una de las pocas personas que se pudo jactar de haberle ganado la partida. El buen Sherlock sintió por ella algo muy profundo. Para ninguno de nosotros sería amor pero, sin embargo, era a lo más lejos que él podía llegar. Holmes se parece mucho a Egaeus, el personaje de «Berenice», a quien Poe le hace decir: «En la extraña anomalía de mi existencia, los sentimientos en mí *nunca venían* del corazón, y las pasiones *siempre venían* de la inteligencia».

No es raro entonces que, hacia el fin del caso (donde se ha llevado un lindo chasco), Sherlock sacrifique un anillo valiosísimo con tal de tener una foto de Irene en traje de noche. Por lo demás, nunca volvió a referirse a la supuesta deficiencia mental de las chicas.

Holmes siempre se quejaba de la vulgaridad de los crímenes. Algo así como que los asesinos ya no son lo que eran antes. Los cadáveres de hoy día, fabricados de manera tan chapucera, a uno lo hacen morir de tedio. No lo dice pero lo da a entender. Le comenta a Watson algo como esto: Si las cosas siguen así, Baker Street corre el riesgo de convertirse en lugar de consulta para niñas exploradoras que han perdido sus trenzas, o para ancianitas que han olvidado cómo se teje calceta.

Pero sus protestas se terminan con «La banda de lunares». Aquí el asesino comete crímenes tan fríos, sofisticados y crueles, que pueden satisfacer al paladar más exigente. Tan bueno como comer *sushi* en uno de los mejores restaurantes de Yokohama.

Pero tenemos muchas otras aventuras. Por ejemplo: gansitos que en vez de maíz les da por devorar objetos valiosos. Como castigo se los mete en el horno. Que esto les sirva de suficiente correctivo. O una corona de esmeraldas que, al partirse un trozo (y este desaparecer), ello supone, para cierto banquero, una tragedia peor que la muerte: no podrá volver a pisar el club.

Pero en alguna de estas historias por fin toca algo al Dr. Watson, que por lo general está a la sombra de nuestro detective. Para sorpresa del lector, le basta mirar a uno de los personajes, sin necesidad de revisarlo, para saber que pronto será difunto. Con esto demuestra ser el Sherlock Holmes de la medicina.

En «El dedo pulgar del ingeniero» vemos a un desdichado ingeniero hidráulico a quien ofrecen un negocio redondo. Cincuenta guineas por unas escasas horas de trabajo. Como dijo Marlon Brando en *El padrino*: «Le hice una oferta tan buena que no la pudo rechazar». La posibilidad de privar al lector de la sorpresa enmudece mis labios. Me limitaré a decir que el ingeniero pasó una noche atroz.

Para colmo sus protestas y tribulaciones solo consiguen sacar afuera al Sherlock Holmes más cínico. Cuando el pobre hombre balbucea desesperadísimo: «¿Y qué es lo que he ganado?», el otro le contesta muriéndose de risa: «Experiencia. En cierto modo puede resultarle muy valiosa. No tiene más que ponerla en palabras para ganarse una reputación de excelente conversador para el resto de su vida».

En cuanto al método deductivo de Sherlock Holmes (exhaustivamente ilustrado en este y otros libros). Al principio, lo confieso, desconfiaba: ¿No habrá alguna exageración aquí? Pero los razonamientos y las explicaciones del detective son tan lógicos que por fin me convenció. Uno, evidentemente, no podría prestar tanta atención a los detalles y, por ellos, llegar a las causas. Pero eso no significa que otro hombre no pueda. El buen Sherlock me obligó a la humildad.

Otro platillo delicioso de estos cuentos son, como siempre, los apotegmas (que ya denominé casi teológicos) de Holmes: «Como regla general, cuanto más extravagante es una cosa, menos misteriosa suele resultar. Son los delitos

corrientes, sin ningún rasgo notable, los que resultan verdaderamente desconcertantes».

«Voy a fumar. Este es un problema de tres pipas, así que le ruego que no me dirija la palabra durante cincuenta minutos».

«No existe nada tan antinatural como lo absolutamente vulgar».

«Lo fuera de lo común constituye, casi invariablemente, una pista. Cuanto más anodino y vulgar es un crimen, más difícil resulta resolverlo». (Este resulta complemento y primo hermano del primer apotegma).

Etcétera.

Para resumir: si le mandan en un sobre cinco semillas de naranja póngase pálido y haga su testamento. Si encuentra en el piso una banda de lunares, por favor no se le ocurra usarla de bufanda por más frío que haga. Por último: si le ofrecen cincuenta guineas por una hora de trabajo, llame a la policía. No le haga caso a ese malvado de Holmes que dice que si usted acepta, se volverá un conversador amenísimo.

Alberto Laiseca

Un escándalo en Bohemia

Para Sherlock Holmes, ella siempre sería la mujer. Rara vez le oí mencionarla de otro modo. A sus ojos, ella eclipsaba y dominaba a todas las de su sexo. Y no es que sintiera por Irene Adler nada parecido al amor. Todas las emociones y en especial esa resultaban abominables para su inteligencia fría y precisa, pero admirablemente equilibrada. Siempre lo he tenido por la máquina de observar y razonar más perfecta que ha conocido el mundo, pero como amante no se hubiera ubicado en una posición falsa. Jamás hablaba de las pasiones más tiernas, si no era con desprecio y sarcasmo. Aquellas eran cosas admirables para el observador, excelentes para descubrir el velo de los motivos y las acciones de la gente.

Pero para un razonador experto, admitir tales intrusiones en su delicado y bien ajustado temperamento, equivalía a introducir un factor de distracción capaz de sembrar la duda sobre todos sus razonamientos. Para un carácter como el suyo, una emoción fuerte era aún más perturbadora que la presencia de la arena en un instrumento delicado o la rotura de una de sus potentes lupas. Y, sin embargo, existió para él una mujer, y esta mujer fue Irene Adler, de dudoso y cuestionable recuerdo.

Últimamente, había visto poco a Holmes. Mi matrimonio nos había distanciado. Mi felicidad y los intereses hogareños que se despiertan en el hombre que se encuentra dueño, por primera vez, de su casa, bastaban para absorber toda mi atención; mientras tanto, Holmes, que odiaba cualquier forma de vida social con toda su alma bohemia, permaneció en sus aposentos de Baker Street, sepultado entre sus viejos libros y alternando una semana de cocaína, con otra de ambición, entre la ensoñación de la droga y la feroz energía de su intensa personalidad. Como siempre, le seguía atrayendo el estudio del crimen y dedicaba sus inmensas facultades y extraordinarios poderes de observación a

seguir pistas y a aclarar misterios que la policía había abandonado por imposibles. De vez en cuando, me llegaba alguna vaga noticia de sus andanzas: su viaje a Odesa para intervenir en el caso del asesinato de Trepoff, el esclarecimiento de la extraña tragedia de los hermanos Atkinson en Trincomalee y, por último, la misión que tan discreta y eficazmente había llevado a cabo para la familia real de Holanda. Sin embargo, aparte de estas señales de actividad, que yo me limitaba a compartir con todos los lectores de la prensa diaria, apenas sabía nada de mi antiguo amigo y compañero.

Una noche —era el 20 de marzo de 1888— volvía de visitar a un paciente (pues de nuevo estaba ejerciendo la medicina), cuando el camino me llevó a Baker Street. Al pasar frente a la puerta que tan bien recordaba y que siempre estará asociada en mi mente con mi noviazgo y con los siniestros incidentes del *Estudio en escarlata*, se apoderó de mí un fuerte deseo de volver a ver a Holmes y saber en qué empleaba sus extraordinarios poderes. Sus habitaciones estaban completamente iluminadas y al mirar hacia arriba vi pasar dos veces su figura alta y delgada, como una oscura silueta tras la cortina. Daba rápidas zancadas por la habitación, con aire ansioso, la cabeza hundida sobre el pecho y las manos juntas en la espalda. A mí, que conocía perfectamente sus hábitos y sus humores, su actitud y comportamiento me contaban una historia. Estaba trabajando otra vez. Había salido de los ensueños de la droga y seguía de cerca el rastro de algún nuevo problema. Llamé a la puerta y me condujeron a la habitación que, en parte, había sido mía.

No estuvo muy efusivo; rara vez lo estaba, pero creo que se alegró de verme. Sin apenas pronunciar palabra, pero con una mirada de afecto, me indicó una butaca, me arrojó su caja de cigarros y señaló una botella de licor y un sifón que había en la esquina. Luego se detuvo delante del fuego y me miró de aquella manera ensimismada, tan suya.

—El matrimonio le sienta bien. Yo diría, Watson, que ha engordado usted tres kilos y medio.

—Tres —respondí.

—De hecho, yo diría que un poco más. Solo un poco más, Watson. Y veo que está ejerciendo de nuevo. No me dijo que se proponía volver a su profesión.

—Entonces, ¿cómo lo sabe?

—Lo veo, lo deduzco. Cómo sé que se ha estado mojando mucho últimamente y que tiene una sirvienta de lo más torpe y descuidada.

—Mi querido Holmes —dije—, esto es demasiado. No me cabe duda de que si hubiera vivido usted hace unos siglos le habrían quemado en la hoguera. Es cierto que el jueves di un paseo por el campo y volví a casa empapado; pero, dado que me he cambiado de ropa, no logro imaginarme cómo ha podido adivinarlo. Y respecto a Mary Jane, es incorregible y mi mujer la ha despedido; pero tampoco me explico cómo lo ha deducido.

Se rió para sus adentros y se frotó las largas y fibrosas manos.

—Es lo más sencillo del mundo —dijo—. Mis ojos me dicen que en la parte interior de su zapato izquierdo, donde da la luz de la chimenea, la suela está rayada con seis cortes casi paralelos. Evidentemente, los ha producido alguien que ha raspado sin ningún cuidado los bordes de la suela para desprender el barro adherido. Así que, ya ve: de ahí mi doble deducción de que ha salido usted con mal tiempo y de que posee un ejemplar particularmente maligno de la esclavitud londinense. En cuanto a su actividad profesional, si un caballero entra en mi habitación oliendo a cloroformo, con una mancha negra de nitrato de plata en el dedo índice derecho, y con un bulto en el costado de su sombrero de copa, que indica dónde lleva escondido el estetoscopio, tendría que ser idiota para no identificarlo como un miembro activo de la profesión médica.

No pude evitar reírme de la facilidad con la que había explicado su proceso de deducción.

—Cuando le escucho explicar sus razonamientos, todo me parece tan ridículamente simple que yo mismo podría haberlo hecho. Y sin embargo, siempre que razona me quedo perplejo hasta que me explica el proceso. Y así y todo, considero que mis ojos ven tanto como los suyos.

—Desde luego —encendió un cigarrillo y se dejó caer en una butaca—. Usted ve, pero no observa. La diferencia es evidente. Por ejemplo, usted habrá visto muchas veces los escalones que llevan desde la entrada hasta esta habitación.

—Muchas veces.

—¿Cuántas veces?

—Bueno, cientos de veces.

—¿Y cuántos escalones hay?

—¿Cuántos? No lo sé.

—¿Lo ve? No ha observado. Y eso que lo ha visto. A eso me refería. Ahora bien, yo sé que hay diecisiete escalones, porque no solo he visto, sino que he observado a la vez. A propósito, puesto que está usted interesado en estos problemas triviales, y dado que ha tenido la amabilidad de poner por escrito una o dos de mis insignificantes experiencias, quizá le interese esto —me alargó una carta escrita en papel grueso de color rosa, que descansaba abierta sobre la mesa—. Esto llegó en el último reparto del correo. Léala en voz alta.

La carta no llevaba fecha, firma, ni dirección.

Esta noche pasará a visitarle, a las ocho menos cuarto, un caballero que desea consultarle sobre un asunto de máxima importancia. Sus recientes servicios a una de las familias reales de Europa han demostrado que se le pueden confiar asuntos cuya trascendencia difícilmente se podría exagerar. Estas referencias nos han llegado de todas partes. Esté en su habitación, entonces, a la hora convenida y no se sorprenda si su visitante lleva una máscara.

—Esto sí es un misterio. ¿Qué cree que significa?

—Aún no dispongo de esos datos. Es un error capital teorizar antes de disponer de información. Sin darse cuenta, uno empieza a deformar los hechos para que se ajusten a las teorías, en lugar de ajustar las teorías a los hechos. Pero en cuanto a la carta en sí, ¿qué deduce de ella? Examiné atentamente la escritura y el papel en el que estaba escrita.

—El hombre que la ha escrito es, probablemente, una persona de buena posición —comenté, esforzándome en imitar los procedimientos de mi compañero—. Esta clase de papel no se compra por menos de media corona el paquete. Es especialmente grueso y firme.

—Especial, esa es la palabra —dijo Holmes—. No es en absoluto un papel inglés. Mírelo a contraluz.

Así lo hice y vi una E mayúscula con una g minúscula y una P y una G mayúsculas con una t minúscula, marcadas en la textura del papel.

—¿Qué le dice esto? —preguntó Holmes.

—El nombre del fabricante, sin duda; o más bien, su monograma.

—En absoluto. La G mayúscula con la t minúscula significan *Gesellschaft*, que en alemán quiere decir ‘compañía’; una contracción habitual, como cuando en inglés ponemos *Co.* La P, por supuesto, significa *papier*. Vamos ahora a la Eg. Echemos un vistazo a nuestra Geografía del Continente —sacó de una estantería un pesado volumen de color marrón—. *Eglow, Eglonitz...* aquí está: Egria. Se encuentra en un país de habla alemana... en Bohemia, no muy lejos de Carlsbad. «Lugar conocido por haber sido escenario de la muerte de Wallenstein y por sus numerosas fábricas de cristal y papel». ¡Ajá, muchacho! ¿Qué me dice de esto?

Le brillaron los ojos y dejó escapar de su cigarrillo una nube triunfante de humo azul.

—Que el papel fue fabricado en Bohemia —dije.

—Exactamente. Y el hombre que escribió la nota es alemán. ¿Se ha fijado usted en la curiosa construcción de la frase: «Estas referencias nos han llegado de todas partes»? Un francés o un ruso no habría escrito tal cosa. Solo los alemanes son tan desconsiderados con los verbos. Por lo tanto, solo falta descubrir qué es lo que quiere este alemán que escribe en papel de Bohemia y prefiere ponerse un antifaz en lugar de que se le vea la cara. Y aquí llega, si no me equivoco, para resolver todas nuestras dudas.

Mientras hablaba, se oyó claramente el sonido de cascos de caballos y de ruedas que rozaban contra el cordón de la vereda, seguido de un brusco tirar de la campana. Holmes soltó un silbido.

—Un gran señor, por lo que oigo. Sí —continuó, asomándose a la ventana—, un precioso carruaje y un par de bellos caballos. Ciento cincuenta guineas cada uno. Si no hay otra cosa, al menos, hay dinero en este caso, Watson.

—Creo que lo mejor será que me vaya, Holmes.

—Nada de eso, Doctor. Quédese donde está. Estoy perdido sin mi Boswell. Y esto promete ser interesante. Sería una pena perderselo.

—Pero su cliente...

—No se preocupe por él. Yo puedo necesitar su ayuda y acaso él también. Aquí llega. Siéntese en esa butaca, doctor, y no se pierda ningún detalle.

Unos pasos lentos y pesados, que se habían oído en la escalera y en el pasillo, se detuvieron del otro lado de la puerta. A continuación, sonó un golpe fuerte y autoritario.

—¡Adelante! —dijo Holmes.

Entró un hombre que no mediría menos de dos metros de altura, con el torso y los brazos de un Hércules. Su vestimenta era lujosa, con un lujo que en Inglaterra se habría considerado proclive en el mal gusto. Gruesas tiras de astracán adornaban las mangas y las solapas de su sobretodo, mientras la capa de color azul oscuro que llevaba sobre los hombros tenía un forro de seda roja como el fuego y se sujetaba al cuello con un broche que consistía en una única y resplandeciente esmeralda.

Un par de botas que le llegaban hasta la mitad de sus pantorrillas con el borde superior adornado de lujosa piel marrón, completaba la impresión de bárbara opulencia que inspiraba toda su figura. Llevaba en la mano un sombrero de ala ancha y la parte superior de su rostro, hasta más abajo de los pómulos, estaba cubierta por un antifaz negro, que al parecer acababa de ponerse, ya que aún se lo sujetaba con la mano al momento de entrar. A juzgar por la parte inferior de su cara, parecía un hombre de carácter fuerte, con el labio inferior grueso, un poco caído y el mentón largo y recto, que indicaba un carácter resuelto, llevado hasta los límites de la obstinación.

—¿Recibió mi nota? —preguntó con voz grave y ronca y un fuerte acento alemán—. Le dije que vendría a verlo —nos miraba a uno y a otro, como si no estuviera seguro de a quién dirigirse.

—Por favor, tome asiento —dijo Holmes—. Este es mi amigo y colaborador, el doctor Watson, que de vez en cuando tiene la amabilidad de ayudarme en mis casos. ¿A quién tengo el honor de dirigirme?

—Puede usted dirigirse a mí como conde Von Kramm, noble de Bohemia. He de suponer que este caballero, su amigo, es hombre de honor y discreción, en quien puedo confiar para un asunto de la máxima importancia. De no ser así, preferiría hablar con usted a solas.

Me levanté para irme, pero Holmes me agarró de la muñeca y me obligó a sentarme de nuevo.

—O los dos o ninguno —dijo—. Todo lo que quiera decirme a mí puede decirlo delante de este caballero.

El conde encogió sus anchos hombros.

—Entonces, debo comenzar —dijo— por pedirles a ambos que se comprometan a guardar el más absoluto secreto durante dos años, al cabo de los cuales el asunto ya no tendrá importancia. Por el momento, no exagero si les digo que se trata de un asunto de tal peso que podría afectar a la historia de Europa.

—Se lo prometo —dijo Holmes.

—Y yo.

—Tendrán que perdonar esta máscara —continuó nuestro extraño visitante—. La augusta persona a quien represento no desea que se conozca a su agente y debo confesar, desde este momento, que el título que acabo de atribuirme no es exactamente el mío.

—Ya me había dado cuenta de eso —dijo Holmes secamente.

—Las circunstancias son muy delicadas y es preciso tomar toda clase de precauciones para sofocar lo que podría llegar a convertirse en un escándalo inmenso, que comprometería gravemente a una de las familias reinantes en Europa. Hablando claramente, el asunto concierne a la Gran Casa de Ormstein, reyes hereditarios de Bohemia.

—También me había dado cuenta de eso —dijo Holmes, acomodándose en su butaca y cerrando los ojos.

Nuestro visitante se quedó mirando con sorpresa la lánguida figura recostada del hombre que, sin duda, le había sido descrito como el razonador más incisivo y el agente más enérgico de Europa. Holmes abrió lentamente los ojos y miró con impaciencia a su enorme cliente.

—Si su majestad quisiera exponer su caso —dijo—, estaría en mejores condiciones para ayudarlo.

El hombre se puso de pie en un salto y recorrió la habitación de un lado al otro, preso de una incontenible agitación. Luego, con un gesto de desesperación, se arrancó la máscara de la cara y la tiró al suelo.

—Tiene razón —exclamó—. Soy el rey. ¿Por qué habría de ocultarlo?

—¿Por qué, en efecto? —murmuró Holmes—. Antes de que su majestad pronunciara una palabra, yo ya sabía que me dirigía a Guillermo Gottsreich Segismundo von Ormstein, gran duque de *Cassel-Falstein* y rey hereditario de Bohemia.

—Pero comprenderá —dijo nuestro visitante, sentándose de nuevo y pasándose la mano por la frente blanca y despejada—, usted comprenderá que no estoy acostumbrado a realizar personalmente esta clase de gestiones. Sin embargo, el asunto era tan delicado que no podía confiárselo a un agente sin ponerme yo en sus manos. He venido de incógnito desde Praga para consultarlo.

—Entonces, consúlteme, por favor —dijo Holmes cerrando una vez más los ojos.

—Los hechos, en pocas palabras, son estos: hace unos cinco años, durante una prolongada estancia en Varsovia, conocí a la famosa aventurera Irene Adler. Sin duda, el nombre le resultará familiar.

—Hágame el favor de buscarla en mi cuaderno, doctor —murmuró Holmes, sin abrir los ojos.

Durante muchos años había seguido el sistema de coleccionar extractos de noticias sobre toda clase de personas y cosas, de manera que era difícil nombrar un tema o una persona sobre los que no pudiera aportar información al instante. En este caso, encontré la biografía de la mujer entre la de un rabino hebreo y la de un comandante de estado mayor que había escrito una monografía sobre los peces de las grandes profundidades.

—Veamos —dijo Holmes—. ¡Hum! Nacida en Nueva Jersey en 1858. Contralto... ¡Hum! La Scala... ¡Hum! Prima donna de la ópera imperial de Varsovia... ¡Ya! Retirada de los escenarios de ópera... ¡Ajá! Vive en Londres... ¡Vaya! Según creo entender, vuestra majestad tuvo un enredo con esta joven, le escribió algunas cartas comprometedoras, y ahora desea recuperarlas.

—Exactamente. Pero ¿cómo...?

—¿Hubo un matrimonio secreto?

—No.

—¿Algún certificado o documento legal?

—Ninguno.

—Entonces no lo comprendo, majestad. Si esta joven sacara a relucir las cartas, con propósitos de chantaje o de cualquier otro tipo, ¿cómo iba a demostrar su autenticidad?

—Está mi letra.

—¡Bah! Falsificada.

—Mi papel de cartas personal.

—Robado.

—Mi propio sello.

—Imitado.

—Mi fotografía.

—Comprada.

—Estábamos los dos en la fotografía.

—¡Válgame Dios! Eso está muy mal. Desde luego, su majestad ha cometido una indiscreción.

—Estaba loco... trastornado.

—Se han comprometido gravemente.

—Entonces, era solo príncipe heredero. Era joven. Ahora mismo solo tengo treinta años.

—Hay que recuperarla.

—Lo hemos intentado en vano.

—Su majestad tendrá que pagar. Hay que comprarla.

—No quiere venderla.

—Entonces, robarla.

—Se ha intentado cinco veces. En dos ocasiones, ladrones, pagados por mí, registraron su casa. Una vez extraviamos su equipaje durante un viaje. Dos veces ha sido asaltada. Nunca hemos obtenido resultados.

—¿No se ha encontrado ni rastro de la foto?

—Absolutamente ninguno.

Holmes se rió.

—Sí que es un bonito problema —dijo.

—Pero para mí es muy serio —replicó el rey en tono de reproche.

—Muy serio, es verdad. ¿Y qué quiere hacer ella con la fotografía?

—Arruinar mi vida.

—Pero, ¿cómo?

—Estoy a punto de casarme.

—Eso he oído.

—Con Clotilde Lothman von Saxe-Meningen, segunda hija del rey de Escandinavia. Quizás conozca usted

los estrictos principios de su familia. Ella misma es el colmo de la delicadeza. Cualquier sombra de duda sobre mi conducta pondría fin al compromiso.

—¿Y qué dice Irene Adler?

—Amenaza con enviar la fotografía. Y lo hará. Sé que lo hará. Usted no la conoce, pero tiene un carácter de acero. Tiene el rostro de la más bella de las mujeres y la mentalidad del más decidido de los hombres. No hay nada que no esté dispuesta a hacer con tal de evitar que yo me case con otra mujer... nada.

—¿Está seguro de que no la ha enviado aún?

—Estoy seguro.

—¿Por qué?

—Porque ha dicho que la enviará el día en que se haga público el compromiso. Lo cual será el lunes próximo.

—Oh, entonces aún nos quedan tres días —dijo Holmes, bostezando—. Es una gran suerte, ya que, por el momento, tengo que ocuparme de uno o dos asuntos de gran importancia. Por supuesto, su majestad se quedará en Londres por ahora...

—Desde luego. Me encontrará en el Langham, bajo el nombre de conde von Kramm.

—Entonces le mandaré unas líneas para ponerlo al corriente de nuestros progresos.

—Hágalo, por favor. Aguardaré con impaciencia.

—¿Y en cuanto al dinero?

—Tiene carta blanca.

—¿Absolutamente?

—Le digo que daría una de las provincias de mi reino por recuperar esa fotografía.

—¿Y para los gastos del momento?

El rey sacó de debajo de su capa una pesada bolsa de piel de gamuza y la depositó sobre la mesa.

—Aquí hay trescientas libras en oro y setecientas en billetes de banco —dijo.

Holmes escribió un recibo en una hoja de su cuaderno de notas y se lo entregó.

—¿Y la dirección de *mademoiselle*? —preguntó.

—Residencia Briony, Serpentine Avenue, St. John's Wood. Holmes tomó nota.

—Una pregunta más. ¿La fotografía es de gran formato?

—Sí, lo es.

—Entonces, buenas noches, majestad, espero que pronto podamos darle buenas noticias. Y buenas noches, Watson —añadió cuando se oyeron las ruedas del carro real rodando por la calle—. Si tiene la amabilidad de volver por aquí mañana a las tres de la tarde, me encantará discutir con usted este pequeño asunto.

A las tres en punto ya estaba en Baker Street, pero Holmes aún no había regresado. La casera me dijo que había salido de su casa poco después de las ocho de la mañana. A pesar de eso, me senté junto al fuego, con intención de esperarlo, tardara lo que tardara. Sentía ya un profundo interés por el caso, pues aunque no presentara ninguno de los aspectos extraños y macabros que caracterizaban a los dos crímenes que ya he relatado en otro lugar, la naturaleza del caso y la elevada posición del cliente le daban un carácter propio. La verdad es que, independientemente de la clase de investigación que mi amigo tuviera entre manos, había algo en su manera magistral de captar las situaciones y en sus agudos e incisivos razonamientos, que hacía que para mí fuera un placer estudiar su sistema de trabajo y seguir los métodos rápidos y sutiles con los que desentrañaba los misterios más embrollados. Tan acostumbrado estaba a sus invariables éxitos, que ni se me pasaba por la cabeza la posibilidad de que fracasara.

Eran ya cerca de las cuatro cuando se abrió la puerta y entró en la habitación un mozo con pinta de borracho, desaliñado y con patillas, con la cara enrojecida y ropas impresentables. A pesar de lo acostumbrado que estaba a las asombrosas facultades de mi amigo en el uso de disfraces, tuve que mirarlo tres veces para convencerme de que, efectivamente, se trataba de él. Con un saludo desapareció adentro del dormitorio, de donde salió a los cinco minutos vestido con un traje de tweed y con un aspecto tan respetable como siempre. Se metió las manos en los bolsillos, estiró las piernas frente a la chimenea, y se empezó a reír a carcajadas durante un buen rato.

—¡Caramba, caramba! —exclamó, atragantándose y volviéndose a reír hasta quedar flojo y sin fuerzas, recostado sobre su silla.

—¿Qué pasa?

—Es demasiado gracioso. Estoy seguro de que jamás adivinaría usted en qué he empleado la mañana y lo que he terminado haciendo.

—Ni me lo imagino. Supongo que habrá estado observando los hábitos y quizá la casa de la señorita Irene Adler.

—Desde luego, pero lo raro fue lo que ocurrió a continuación. Pero voy a contárselo.

Salí de casa poco después de las ocho de la mañana, disfrazado de mozo de cuadra sin trabajo. Entre la gente que trabaja en el mundo de los caballos existe mucha camaradería, una verdadera hermandad; si eres uno de ellos, pronto te enterarás de todo lo que desees saber. No tardé en encontrar la residencia Briony. Es una villa de lujo, con un jardín en la parte de atrás, pero que por delante llega justo hasta la ruta; de dos pisos. Cerradura *Chubbs* en la puerta. Una gran sala de estar a la derecha, bien amueblada, con ventanales casi hasta el suelo y esos ridículos pestillos ingleses en las ventanas, que hasta un niño podría abrir. Más allá no había nada de interés, excepto que desde el techo de la cochera se puede llegar a la ventana del pasillo. Di la vuelta a la casa y la examiné atentamente desde todos los puntos de vista, pero no vi nada interesante.

Me dediqué entonces a caminar por la calle y, tal como había esperado, encontré unas caballerizas en un callejón pegado a una de las tapias del jardín. Ayudé a los mozos que limpiaban los caballos y recibí a cambio dos peniques, un vaso de cerveza, dos cargas de tabaco para la pipa y toda la información que buscaba sobre la señorita Adler, por no mencionar a otra media docena de personas del vecindario que no me interesaban lo más mínimo, pero cuyas biografías no tuve más remedio que escuchar.

—¿Y qué hay de Irene Adler? —pregunté.

—Bueno, tiene enloquecidos a todos los hombres de la zona. Es la cosa más bonita que se ha visto bajo un sombrero en este planeta. Eso asegura hasta el último hombre. Lleva una vida tranquila, canta en conciertos, sale todos los días a las cinco y regresa a cenar a las siete en punto. Es raro que salga en otro horario, excepto cuando canta. Solo tiene un visitante masculino, pero lo ve mucho. Es moreno, apuesto y elegante. Un tal Godfrey Norton, del

Inner Temple. Ya ve las ventajas de tener por confidente a un cochero. Le han llevado una docena de veces desde el Serpentine y lo saben todo acerca de él. Después de escuchar todo lo que tenían que contarme, me puse otra vez a recorrer los alrededores de la residencia Briony, tramando mi plan de ataque.

Evidentemente, este Godfrey Norton era un factor importante en el asunto. Es abogado; esto me sonó mal. ¿Qué relación había entre ellos y cuál era el motivo de sus repetidas visitas? ¿Era ella su cliente, su amiga o su amante? De ser lo primero, probablemente habría puesto la fotografía bajo su custodia. De ser lo último, no era tan probable que lo hubiera hecho. De esta cuestión dependía el que yo continuara mi trabajo en Briony o dirigiera mi atención a los departamentos del caballero en el Temple. Se trataba de un aspecto delicado que ampliaba el campo de mis investigaciones. Temo aburrirlo con estos detalles, pero tengo que hacerlo partícipe de mis pequeñas dificultades para que pueda usted comprender la situación.

—Lo sigo atentamente —respondí.

—Estaba todavía dándole vueltas al asunto cuando llegó a Briony un coche muy elegante, del que se bajó un caballero. Se trataba de un hombre muy apuesto, moreno, de nariz aguileña y con bigote. Evidentemente, el mismo hombre del que había oído hablar. Parecía tener mucho apuro, le gritó al cochero que esperara y pasó como una exhalación junto a la doncella, que le abrió la puerta, con el aire de quien se encuentra en su propia casa.

Permaneció en la casa una media hora y pude verlo un par de veces a través de las ventanas de la sala de estar, andando de un lado a otro, hablando con agitación y moviendo mucho los brazos. A ella no la vi. Por fin, el hombre salió, más excitado aún que cuando entró. Al subir al coche, sacó del bolsillo un reloj de oro y lo miró con preocupación.

—¡Corra como un diablo! —ordenó—. Primero a Gross & Hankey, en Regent Street y luego a la iglesia de Santa Mónica, en Edgware Road. ¡Media guinea si lo hace en veinte minutos!

Allá se fueron y yo me preguntaba si no convendría seguirlos, cuando por el callejón apareció un pequeño y

bonito carruaje, cuyo cochero llevaba la levita a medio abrochar, la corbata debajo de la oreja y todas las correas salidas de las hebillas. Todavía no se había parado cuando ella salió disparada por la puerta y se metió en el coche. Solo pude echarle un vistazo rápido, pero se trataba de una mujer deliciosa, con una cara por la que un hombre se dejaría matar.

—A la iglesia de Santa Mónica, John —ordenó—. Y medio soberano si llegas en veinte minutos.

Aquello era demasiado bueno para perderselo, Watson. Estaba dudando si hacer el camino corriendo o agarrarme a la parte trasera del carruaje, cuando apareció un coche por la calle. El cochero no parecía muy interesado en un pasajero tan andrajoso, pero yo me metí adentro antes de que pudiera poner objeciones. «A la iglesia de Santa Mónica» dije «y medio soberano si llega en veinte minutos».

Eran las doce menos veinticinco y, desde luego, estaba clarísimo lo que estaba sucediendo.

Mi cochero se apuro bastante. No creo haber ido tan rápido en toda mi vida, pero los otros habían llegado antes. El coche y el carruaje, con los caballos sudados, se encontraban ya delante de la puerta cuando nosotros llegamos. Pagué al cochero y me metí corriendo en la iglesia. No había ni un alma, con excepción de las dos personas que yo había seguido y de un clérigo con uniforme que parecía estar retándolos. Los tres estaban de pie, formando un grupito delante del altar. Avancé despacio por el pasillo lateral, como cualquier desocupado que entra en una iglesia. De pronto, para mi sorpresa, los tres del altar se volvieron a mirarme y Godfrey Norton vino corriendo hacia mí, tan rápido como pudo.

—¡Gracias a Dios! —exclamó—. ¡Usted servirá! ¡Venga, venga!

—¿Qué pasa? —pregunté yo.

—¡Venga, hombre, venga, tres minutos más y no será legal!

Prácticamente me arrastraron al altar y antes de darme cuenta de dónde estaba me encontré murmurando respuestas que alguien me susurraba al oído, dando fe de cosas de las que no sabía nada y, en general, ayudando a la unión matrimonial de Irene Adler, soltera, con Godfrey Norton, soltero. Todo se hizo en un instante y allí estaban el caballero

dándome las gracias por un lado y la dama por el otro, mientras el clérigo me miraba desde adelante. Es la situación más ridícula en que me he encontrado en la vida y pensar en ello es lo que me hacía reír hace un momento. Parece que había alguna irregularidad en su licencia, que el cura se negaba rotundamente a casarlos sin que hubiera algún testigo, y que mi feliz aparición libró al novio de tener que salir a la calle en busca de un padrino. La novia me dio un soberano y pienso llevarlo en la cadena del reloj como recuerdo de esta ocasión.

—Es un giro bastante inesperado en los acontecimientos —dije—. ¿Y qué pasó luego?

—Bueno, me di cuenta de que mis planes estaban a punto de venirse abajo. Daba la impresión de que la parejita podía largarse inmediatamente, lo cual exigiría medidas instantáneas y enérgicas de mi parte. Sin embargo, en la puerta de la iglesia se separaron: él volvió al Temple y ella a su casa. «Saldré a pasear por el parque a las cinco, como de costumbre», dijo ella al despedirse. No pude oír más. Se fueron en diferentes direcciones y yo me fui a ocuparme de unos asuntos propios.

—¿Qué eran...?

—Un poco de carne fría y un vaso de cerveza —respondió, haciendo sonar la campana—. He estado demasiado ocupado para pensar en comer y, probablemente, estaré aún más ocupado esta noche. Por cierto, doctor, voy a necesitar su cooperación.

—Estaré encantado.

—¿No le importa infringir la ley?

—En lo más mínimo.

—¿Y exponerse a ser detenido?

—No, si es por una buena causa.

—¡Oh, la causa es excelente!

—Entonces, soy su hombre.

—Estaba seguro de que podía contar con usted.

—Pero ¿qué es lo que se propone?

—Cuando la señora Turner haya traído la bandeja se lo explicaré claramente. Veamos —dijo, mientras se lanzaba vorazmente sobre el sencillo almuerzo que nuestra casera había traído—. Tengo que explicárselo mientras como, porque no tenemos mucho tiempo. Ahora son casi las cinco. Dentro de dos horas tenemos que estar en el

escenario de la acción. La señorita Irene, o mejor dicho, la señora, vuelve de su paseo a las siete. Tenemos que estar en villa Briony cuando llegue.

—Y entonces, ¿qué?

—Déjeme eso a mí. Ya he arreglado lo que tiene que ocurrir. Hay una sola cosa en la que debo insistir. Usted no debe interferir, pase lo que pase. ¿Entendido?

—¿Debo permanecer al margen?

—No debe hacer nada en absoluto. Probablemente se producirá algún pequeño alboroto. No intervenga. Acabará cuando me hagan entrar en la casa. Cuatro o cinco minutos después se abrirá la ventana de la sala de estar. Usted se parará cerca de esa ventana abierta.

—Sí.

—Tiene que fijarse en mí. Estaré al alcance de su vista.

—Sí.

—Y cuando yo levante la mano, así, arrojará usted al interior de la habitación una cosa que le voy a dar y al mismo tiempo lanzará el grito de «¡Fuego!». ¿Me sigue?

—Perfectamente.

—No es nada especialmente terrible —dijo, sacando del bolsillo un cilindro en forma de cigarro—. Es un cohete de humo común, de los que usan los plomeros, con una tapa en cada extremo para que se encienda solo. Su tarea se reduce a eso. Cuando empieza a gritar «¡fuego!», mucha gente lo repetirá. Entonces, se dirigirá al final de la calle, donde yo me reuniré con usted a los diez minutos. Espero haberme explicado bien.

—Tengo que mantenerme al margen, acercarme a la ventana, fijarme en usted, aguardar la señal y arrojar este objeto, gritar «¡Fuego!» y esperarlo en la esquina de la calle.

—Exactamente.

—Entonces, puede confiar plenamente en mí.

—Excelente. Creo que ya va siendo hora de que me prepare para el nuevo papel que debo representar.

Desapareció en su dormitorio, para regresar a los cinco minutos caracterizado como un amable y sencillo sacerdote protestante. Su sombrero negro de ala ancha, sus pantalones con rodilleras, su corbata blanca, su sonrisa simpática y su aire de curiosidad inquisitiva y benévola, no podrían haber sido igualados más que por el mismísimo

John Hare. Holmes no se limitaba a cambiarse de ropa; su expresión, su forma de actuar, su misma alma, parecían cambiar con cada nuevo papel que asumía. El teatro perdió un magnífico actor y la ciencia un agudo pensador cuando Holmes decidió especializarse en el delito.

Eran las seis y cuarto cuando salimos de Baker Street y todavía faltaban diez minutos para las siete cuando llegamos a Serpentine Avenue. Ya oscurecía y los faroles se iban encendiendo mientras nosotros caminábamos hacia arriba y hacia abajo por la calle, frente a la villa Briony, esperando la llegada de su inquilina. La casa era tal como yo la había imaginado por la breve descripción de Sherlock Holmes, pero el vecindario parecía menos solitario de lo que había esperado. Por el contrario, para tratarse de una calle pequeña en un barrio tranquilo, se encontraba de lo más concurrida. Había un grupo de hombres mal vestidos fumando y riendo en una esquina, un afilador con su rueda, dos guardias reales cortejando a una niñera y varios jóvenes bien vestidos que paseaban de un lado a otro con cigarros en la boca.

—¿Sabe? —comentó Holmes mientras deambulábamos frente a la casa—. Este matrimonio simplifica bastante las cosas. Ahora la fotografía se ha convertido en un arma de doble filo. Lo más probable es que ella tenga tan pocas ganas de que la vea el señor Godfrey Norton, como nuestro cliente de que llegue a los ojos de su princesa. Ahora la cuestión es: ¿dónde vamos a encontrar la fotografía?

—Eso. ¿Dónde?

—Es muy improbable que ella la lleve encima. El formato es demasiado grande como para que se pueda ocultar bien en un vestido de mujer. Sabe que el rey es capaz de hacer que la asalten y la registren. Ya se ha intentado dos veces. Debemos suponer, entonces, que no la lleva encima.

—Entonces, ¿dónde?

—Su banquero o su abogado. Existe esa doble posibilidad. Pero me inclino a pensar que ninguno de los dos la tiene. Las mujeres son por naturaleza muy dadas a los secretos y les gusta encargarse de sus propias intrigas. ¿Por qué habría de ponerla en manos de otra persona? Puede fiarse de sí misma, pero no sabe qué presiones indirectas o políticas pueden ejercerse sobre un hombre de negocios. Además, recuerde que tiene pensado utilizarla dentro de

unos días. Tiene que tenerla al alcance de la mano. Tiene que estar en la casa.

—Pero la han registrado dos veces.

—¡Bah! No sabían buscar.

—¿Y cómo buscará usted?

—Yo no buscaré.

—¿Entonces...?

—Haré que ella me lo indique.

—Pero se negará.

—No podrá hacerlo. Oigo un ruido de ruedas. Es su coche. Ahora, cumpla mis órdenes al pie de la letra.

Mientras hablaba, el resplandor de las luces laterales de un coche asomó por la curva de la avenida. Era un pequeño y elegante carruaje que avanzó traqueteando hasta la puerta de la villa Briony. En cuanto se detuvo, uno de los desocupados de la esquina se lanzó con la velocidad de un rayo a abrir la puerta, con la esperanza de ganarse un penique, pero fue desplazado de un codazo por otro desocupado que se había precipitado con la misma intención. Se entabló una feroz disputa, a la que se unieron los dos guardias reales, que se pusieron de parte de uno de los desocupados y el afilador, que defendía con igual intensidad al bando contrario. Alguien recibió un golpe y, en un instante, la dama, que se había bajado del carruaje, se encontró en el centro de un pequeño grupo de acalorados combatientes que se golpeaban ferozmente con puños y bastones. Holmes se abalanzó entre ellos para proteger a la dama pero, justo cuando llegaba a su lado, soltó un grito y cayó al suelo, con la sangre corriéndole por el rostro. Al verlo caer, los guardias salieron corriendo en una dirección y los desocupados en otra, mientras unas cuantas personas bien vestidas, que habían presenciado el altercado sin tomar parte en este, se agolpaban para ayudar a la señora y atender al herido. Irene Adler, como pienso seguir llamándola, había subido a toda velocidad los escalones; pero en lo alto se detuvo, con su espléndida figura recortada contra las luces de la sala, girando para mirar hacia la calle.

—¿Está herido ese pobre caballero? —preguntó.

—Está muerto —exclamaron varias voces.

—No, no, todavía le queda algo de vida —gritó otra—. Pero habrá muerto antes de poder llevarlo al hospital.

—Es un valiente —dijo una mujer—. De no ser por él le habrían quitado el bolso y el reloj a esta señora. Son una banda y de lo peor. ¡Ah, ahora respira!

—No puede quedarse tirado en la calle. ¿Podemos meterlo en la casa, señora?

—Claro. Métenlo en la sala de estar. Hay un sofá muy cómodo. Por aquí, por favor.

Lenta y solemnemente fue introducido en la residencia Briony y acostado en el salón principal, mientras yo seguía observando el curso de los acontecimientos desde mi puesto junto a la ventana. Habían encendido las lámparas, pero sin correr las cortinas, de manera que podía ver a Holmes acostado en el sofá. Ignoro si en aquel momento él sentía algún tipo de remordimiento por el papel que estaba representando, pero sí sé que yo nunca me sentí tan avergonzado de mí mismo como entonces, al ver a la hermosa criatura contra la que estaba conspirando y la gracia y amabilidad con que atendía al herido. Y sin embargo, abandonar en aquel punto la tarea que Holmes me había confiado habría sido una traición oscura. Así, endurecí mi corazón y saqué el cohete de humo que escondía en mi sobretodo. Al fin y al cabo, pensé, no vamos a hacerle ningún daño. Solo vamos a impedirle que haga daño a otro.

Holmes se había sentado en el diván y lo vi moverse como si le faltara aire. Una doncella se apresuró a abrir la ventana. En aquel preciso instante lo vi levantar la mano y, obedeciendo a su señal, arrojé el cohete dentro de la habitación mientras gritaba: «¡Fuego!». Apenas salió la palabra de mis labios y toda la multitud de espectadores, bien y mal vestidos —caballeros, mozos de cuadra y criadas—, se unió en un clamor general de «¡Fuego!». Espesas nubes de humo se extendieron por la habitación y salieron por la ventana abierta. Pude entrever figuras que corrían y un momento después oí la voz de Holmes dentro de la casa, asegurando que se trataba de una falsa alarma. Deslizándome entre la vociferante multitud, llegué hasta la esquina de la calle y a los diez minutos tuve la alegría de sentir el brazo de mi amigo sobre el mío y de alejarme de aquella escena. Holmes caminó de prisa y en silencio durante unos pocos minutos, hasta que nos metimos por una de las calles tranquilas que llevan hacia Edgware Road.

—Lo ha hecho muy bien, doctor —dijo—. Las cosas no podrían haber salido mejor. Todo va bien.

—¿Tiene la fotografía?

—Sé dónde está.

—¿Y cómo lo averiguó?

—Ella me lo indicó, como yo le dije que haría.

—Sigo a oscuras.

—No quiero hacer un misterio de ello —dijo, riéndose—. Todo fue muy sencillo. Naturalmente, usted se habrá dado cuenta de que todos los que había en la calle eran cómplices. Estaban contratados para esta tarde.

—Me lo había imaginado.

—Cuando empezó la pelea, yo tenía un poco de pintura roja, fresca, en la palma de la mano. Corrí, caí, me llevé las manos a la cara y me convertí en un espectáculo patético. Un viejo truco.

—Eso también pude imaginármelo.

—Entonces me llevaron adentro. Ella tenía que dejarme entrar. ¿Cómo habría podido negarse? Y a la sala de estar, que era la habitación de la que yo sospechaba. Tenía que ser esa o el dormitorio y yo estaba decidido a averiguar cuál. Me acostaron en el sofá, hice como que me faltaba el aire, se vieron obligados a abrir la ventana y usted tuvo su oportunidad.

—¿Y de qué le sirvió eso?

—Era importantísimo. Cuando una mujer cree que se incendia su casa, su instinto le hace correr inmediatamente hacia lo que más quiere. Se trata de un impulso completamente insuperable y más de una vez le he sacado provecho. En el caso del escándalo de la sustitución de Darlington me resultó muy útil y también en el asunto del castillo de Arnsworth. Una madre corre en busca de su bebé, una mujer soltera echa mano a su joyero. Ahora bien, yo tenía muy claro que para la dama que nos ocupa no existía en la casa nada tan valioso como lo que nosotros andamos buscando y que correría a ponerlo a salvo. La alarma de fuego salió de maravilla. El humo y los gritos eran como para trastornar unos nervios de acero. Ella respondió a la perfección. La fotografía está en un hueco detrás de un panel corredizo, encima mismo del cordón de la campana de la derecha. Se plantó allí en un segundo y vi de reojo que empezaba a sacarla. Al gritar yo que se trataba de una falsa alarma, la

volvió a meter, miró el cohete, salió corriendo de la habitación y no la volví a ver. Me levanté, presenté mis excusas y salí de la casa. Pensé en intentar apoderarme de la fotografía en aquel mismo momento; pero el cochero había entrado y me observaba de cerca, así que me pareció más seguro esperar. Un exceso de apuro podría echarlo todo a perder.

—¿Y ahora? —pregunté.

—Nuestra búsqueda prácticamente ha concluido. Mañana iré a visitarla con el rey y con usted, si es que quiere acompañarnos. Nos harán pasar a la sala de estar a esperar a la señora, pero es probable que cuando llegue no nos encuentre ni a nosotros ni a la fotografía. Será una satisfacción para su majestad recuperarla con sus propias manos.

—¿Y cuándo piensa ir?

—A las ocho de la mañana. Aún no se habrá levantado, de manera que tendremos el campo libre. Además, tenemos que darnos prisa, porque este matrimonio puede significar un cambio completo en su vida y sus costumbres. Tengo que telegrafiar al rey sin perder tiempo.

Habíamos llegado a Baker Street y nos detuvimos en la puerta. Holmes estaba buscando la llave en sus bolsillos cuando alguien que pasaba dijo:

—Buenas noches, señor Holmes.

Había en aquel momento varias personas en la vereda, pero el saludo parecía venir de un joven delgado con impermeable que había pasado de prisa a nuestro lado.

—Esa voz la he oído antes —dijo Holmes, mirando fijamente la calle mal iluminada—. Me pregunto quién podrá ser.

Aquella noche dormí en Baker Street y estábamos tomando nuestro café con tostadas cuando el rey de Bohemia entró en la habitación.

—¿Es verdad que la tiene? —exclamó, agarrando a Sherlock Holmes por los hombros y mirándole ansiosamente a los ojos.

—Aún no.

—Pero, ¿tiene esperanzas?

—Tengo esperanzas.

—Entonces, vamos. No puedo contener mi impaciencia.

—Tenemos que conseguir un coche.

—No, mi carruaje está esperando.

—Bien, eso simplifica las cosas.

Bajamos y nos pusimos otra vez en marcha hacia la villa Briony.

—Irene Adler se ha casado —comentó Holmes.

—¿Se ha casado? ¿Cuándo?

—Ayer.

—Pero, ¿con quién?

—Con un abogado inglés apellidado Norton.

—¡Pero no es posible que lo ame!

—Espero que sí lo ame.

—¿Por qué espera tal cosa?

—Porque eso libraría a su majestad de todo temor a futuras molestias. Si ama a su marido, no ama a su majestad. Si no ama a su majestad, no hay razón para que interfiere en sus planes.

—Es verdad. Y sin embargo... ¡En fin!... ¡Ojalá ella hubiera sido de mi condición! ¡Qué reina habría sido!

Y con esto se hundió en un silencio taciturno que no se rompió hasta que nos detuvimos en Serpentine Avenue. La puerta de la villa Briony estaba abierta y había una mujer mayor de pie en los escalones de la entrada. Nos miró con ojos sarcásticos mientras bajábamos del carruaje.

—El señor Sherlock Holmes, supongo —dijo.

—Yo soy el señor Holmes —respondió mi compañero, dirigiéndole una mirada interrogante y algo sorprendida.

—En efecto. Mi señora me dijo que era muy probable que viniera. Se fue esta mañana con su marido, en el tren de las cinco y cuarto de Charing Cross, rumbo al continente.

—¿Cómo? —Sherlock Holmes retrocedió tambaleándose, poniéndose blanco de sorpresa y consternación—. ¿Quiere decir que se ha ido de Inglaterra?

—Para no volver.

—¿Y los papeles? —preguntó el rey con voz ronca—. ¡Todo se ha perdido!

—Veremos.

Holmes pasó junto a la sirvienta y se precipitó en la sala, seguido por el rey y por mí. Los muebles estaban desparrramados en todas direcciones, con estanterías desmontadas

y cajones abiertos, como si la señora los hubiera vaciado a toda prisa antes de escapar. Holmes corrió hacia el cordón de la campana, arrancó una tablilla corrediza y, metiendo la mano, sacó una fotografía y una carta. La fotografía era de la propia Irene Adler en traje de noche; la carta estaba dirigida a «Sherlock Holmes, Esq. Para guardar hasta que la reclamen». Mi amigo la abrió y los tres la leímos juntos. Estaba fechada la medianoche anterior y decía lo siguiente:

Estimado Sherlock Holmes:

La verdad es que lo hizo usted muy bien. Me tomó completamente por sorpresa. Hasta después de la alarma de fuego, no sentí la menor sospecha. Pero después, cuando comprendí que me había delatado, me puse a pensar. Hace meses que me habían advertido de usted. Me dijeron que si el rey contratara a un agente, ese sería sin duda usted. Hasta me habían dado su dirección. Y a pesar de todo, usted me hizo mostrarle lo que quería saber. Aun después de sospechar, se me hacía difícil pensar mal de un viejo clérigo tan simpático y amable. Pero, como sabe, tengo experiencia como actriz. Las ropas de hombre no son nada nuevo para mí. Con frecuencia me aprovecho de la libertad que ofrecen. Ordené a John, el cochero, que lo vigilara, corrí al piso de arriba, me puse mi ropa de paseo, como yo la llamo y bajé justo cuando usted salía.

Bien; lo seguí hasta su puerta y así me aseguré de que, en efecto, yo era objeto de interés para el célebre Sherlock Holmes. Entonces, un tanto imprudentemente, le deseé buenas noches y me dirigí al Temple para ver a mi marido.

Los dos estuvimos de acuerdo en que, cuando te persigue un antagonista tan formidable, el mejor recurso es la huida. Así pues, cuando llegue usted mañana se encontrará el nido vacío. En cuanto a la fotografía, su cliente puede quedar tranquilo. Amo y soy amada por un hombre mejor que él. El rey puede hacer lo que quiera, sin encontrar obstáculos por parte de alguien a quien él ha tratado injusta y cruelmente. La conservo solo para protegerme y para disponer de un arma que me mantendrá a salvo de cualquier medida que él

pueda adoptar en el futuro. Dejo una fotografía que tal vez le interese poseer. Y a usted, querido señor Sherlock Holmes, le mando cordiales saludos.

Irene Norton, née Adler.

—¡Qué mujer! ¡Pero qué mujer! —exclamó el rey de Bohemia cuando los tres leímos la carta—. ¿No le dije lo despierta y decidida que era? ¿Acaso no habría sido una reina admirable? ¿No es una pena que no sea de mi clase?

—Por lo que he visto de la dama, parece, verdaderamente, pertenecer a una clase muy diferente a la de su majestad —dijo Holmes fríamente—. Lamento no haber sido capaz de llevar el asunto de su majestad a una conclusión más feliz.

—¡Al contrario, querido señor! —exclamó el rey—. No podría haber terminado mejor. Me consta que su palabra es inviolable. La fotografía es ahora tan inofensiva como si la hubiesen quemado.

—Me alegra que su majestad diga eso.

—He contraído con usted una deuda inmensa. Dígame, por favor, de qué manera puedo recompensarle. Este anillo... —se sacó del dedo un anillo de esmeraldas en forma de serpiente y se lo extendió en la palma de la mano.

—Su majestad posee algo que para mí tiene mucho más valor —dijo Holmes.

—No tiene más que decirlo.

—Esta fotografía.

El rey se le quedó mirando, asombrado.

—¡La fotografía de Irene! Desde luego, si es lo que desea.

—Gracias, majestad. Entonces, no hay nada más que hacer en este asunto. Tengo el honor de desearles un buen día.

Hizo una inclinación, se dio la vuelta sin prestar atención a la mano que el rey le tendía y se fue conmigo a sus habitaciones.

Y así fue como se evitó un gran escándalo que pudo haber afectado al reino de Bohemia y cómo los planes más perfectos de Sherlock Holmes se vieron derrotados por el ingenio de una mujer. Él solía hacer bromas acerca de la inteligencia de las mujeres, pero últimamente no lo he oído hacerlo. Y cuando habla de Irene Adler o menciona su fotografía, lo hace siempre bajo el honroso título de «la mujer».

La Liga de los Pelirrojos

Un día de otoño, el año pasado, me acerqué a visitar a mi amigo Sherlock Holmes y lo encontré en profunda conversación con un caballero de edad madura, muy corpulento, de rostro encarnado y cabello rojo como el fuego. Pidiendo disculpas por mi intromisión, me disponía a retirarme cuando Holmes me hizo entrar bruscamente de un tirón y cerró la puerta a mis espaldas.

—No podría haber llegado en mejor momento, querido Watson —dijo cordialmente.

—Temí que estuviera ocupado.

—Lo estoy y mucho.

—Entonces, puedo esperar en la habitación de al lado.

—Nada de eso. Señor Wilson, este caballero ha sido mi compañero y colaborador en muchos de mis casos más afortunados y no me cabe duda de que también me será de la mayor ayuda en el suyo.

El corpulento caballero se levantó de su silla y saludó con un gruñido, que acompañó con una rápida mirada inquisidora de sus pequeños ojos.

—Pruebe el sofá —dijo Holmes, dejándose caer de nuevo en su butaca y juntando las puntas de los dedos, como solía hacer siempre que se sentía reflexivo—. Me consta, querido Watson, que comparte mi inclinación por todo lo que sea raro y se salga de los convencionalismos y la monótona rutina de la vida cotidiana. Lo ha demostrado a través del entusiasmo que lo llevó a escribir su crónica y, si me permite decirlo, a embellecer, en cierto modo, muchas de mis pequeñas aventuras.

—La verdad, es que sus casos me han parecido de lo más interesantes —respondí.

—Recordará Watson que el otro día, justo antes de que nos metiéramos en el sencillísimo problema planteado

por la señorita Mary Sutherland, le comenté que si queremos efectos extraños y combinaciones extraordinarias, debemos buscarlos en la vida misma, que siempre llega mucho más lejos que cualquier esfuerzo de la imaginación.

—Un argumento que me tomé la libertad de poner en duda.

—Así fue, doctor, pero aun así, tendrá usted que aceptar mi punto de vista, pues de lo contrario le presentaré hecho tras hecho, hasta que sus argumentos se sometan y se vea obligado a darme la razón. Pues bien, el señor Jabez Wilson, aquí presente, ha tenido la amabilidad de venir a visitarme esta mañana y ha empezado a contarme una historia que promete ser una de las más curiosas que he escuchado en mucho tiempo. Usted ya me ha oído comentar, que las cosas más extrañas e insólitas no suelen presentarse relacionadas con los crímenes importantes, sino con delitos pequeños e incluso con casos en los que podría dudarse de que se haya cometido algún delito. Por lo que he oído hasta ahora, me resulta imposible saber si en este caso hay delito o no, pero desde luego el desarrollo de los hechos es uno de los más extraños que he oído en la vida. Quizá, señor Wilson, tenga usted la bondad de empezar de nuevo su relato. No se lo pido solo porque mi amigo el doctor Watson no ha oído el principio, sino también porque el carácter insólito de la historia me tiene ansioso por escuchar de su boca hasta el último detalle. Como regla general, en cuanto percibo la más ligera indicación del curso de los acontecimientos, suelo ser capaz de guiarme por los miles de casos semejantes que acuden a mi memoria. En este caso, me veo en la obligación de reconocer que los hechos son, hasta donde alcanza mi conocimiento, algo nunca visto.

El corpulento cliente hinchó el pecho con algo parecido a un ligero orgullo y sacó del bolsillo interior de su sobretodo un periódico sucio y arrugado. Mientras recorría con la vista la columna de anuncios, con la cabeza inclinada hacia adelante, eché un buen vistazo, esforzándome por interpretar, como hacía mi compañero, cualquier indicio que pudiera ofrecer su indumentaria o su apariencia.

Sin embargo, mi inspección no me dijo gran cosa. Nuestro visitante contaba con todas las características del típico comerciante británico: obeso, pomposo y algo torpe.

Llevaba pantalones grises a cuadros con enormes rodilleras, una levita negra no demasiado limpia, desabrochada por delante y un chaleco gris-amarillento con una gruesa cadena metálica de la que colgaba, a modo de adorno, una pieza de metal con un agujero cuadrado. Junto a él, en una silla, había un sombrero de copa gastado y un abrigo marrón descolorido, con cuello de terciopelo bastante arrugado. En conjunto, y por mucho que lo mirase, no encontraba nada notable en aquel hombre, con excepción de su cabellera pelirroja y de la expresión de inmenso pesar y disgusto que se leía en sus facciones.

Mis esfuerzos no pasaron desapercibidos para los atentos ojos de Sherlock Holmes, que movió la cabeza, sonriendo, al adivinar mis miradas inquisitivas.

—Aparte del hecho, evidente, de que en alguna época ha realizado trabajos manuales, que toma rapé, que es masón, que ha estado en China y que últimamente ha escrito muchísimo, soy incapaz de deducir nada más —dijo.

Jabez Wilson dio un salto en su silla, manteniendo el dedo índice sobre el periódico, pero con los ojos clavados en mi compañero.

—¡En nombre del cielo! ¿Cómo sabe usted todo eso, Holmes? —preguntó—. ¿Cómo ha sabido, por ejemplo, que he trabajado con las manos? Es tan cierto como el Evangelio que empecé siendo carpintero de barcos.

—Sus manos, señor mío. Su mano derecha es bastante más grande que la izquierda. Ha trabajado usted con ella y los músculos se han desarrollado más.

—Está bien, pero ¿y lo del rapé y la masonería?

—No pienso ofender su inteligencia explicándole cómo he sabido eso, especialmente teniendo en cuenta que, contraviniendo las estrictas normas de su orden, lleva usted un alfiler de corbata con un arco y un compás.

—¡Ah, claro! Lo había olvidado. ¿Y lo de escribir?

—¿Qué otra cosa podría significar el que el puño de su manga derecha se vea tan lustroso mientras que el de la izquierda está rozado cerca del codo, donde se apoya sobre el escritorio?

—Bien, ¿y China?

—El pez que lleva tatuado justo encima de la muñeca derecha solo pudo haber sido hecho en China. Tengo reali-

zado un pequeño estudio sobre tatuajes e incluso he contribuido a la literatura sobre el tema. Ese truco de teñir las escamas con una delicada tonalidad rosa es exclusivo de los chinos. Además, si veo una moneda china colgando de la cadena de su reloj, la cuestión resulta todavía más sencilla.

Jabez Wilson ríó sonoramente.

—¡Quién lo iba a decir! —exclamó—. Al principio me pareció que había hecho usted algo muy inteligente, pero ahora me doy cuenta de que, después de todo, no tiene ningún mérito.

—Empiezo a pensar, Watson —dijo Holmes—, que me equivoco al dar explicaciones. Ya sabe que *Omne ignotum pro magnifico* y mi pobre reputación naufragará si sigo siendo tan ingenuo. ¿Encontró el anuncio, señor Wilson?

—Sí, ya lo tengo —respondió Wilson, con su dedo grueso y colorado plantado a mitad de una columna—. Aquí está. Todo empezó por aquí. Léalo usted mismo.

Tomé el periódico de sus manos y leí lo siguiente:

A LA LIGA DE LOS PELIRROJOS. En virtud de la última voluntad del difunto Ezekiah Hopkins, de Lebanon, Pennsylvania, EE.UU., se ha producido otra vacante que da derecho a un miembro de la Liga a percibir un salario de cuatro libras a la semana por servicios puramente nominales. Todos los varones pelirrojos, sanos de cuerpo y de mente, mayores de veintiún años son candidatos al puesto. Presentarse en persona el lunes a las once a Duncan Ross, en las oficinas de la Liga, 7 Pope's Court, Fleet Street.

—¿Qué significa esto? —exclamé después de haber leído dos veces el extraño anuncio.

Holmes se rió por lo bajo y se reacomodó en su silla, como solía hacer cuando estaba de buen humor.

—Se sale un poco del camino trillado, ¿no es verdad? —dijo—. Y ahora, señor Wilson, empiece por el principio y cuéntenos todo acerca de usted, su familia y el efecto que este anuncio tuvo sobre su vida. Pero primero, doctor, tome nota del periódico y la fecha.

—Es el *Morning Chronicle* del 27 de abril de 1890. Hace exactamente dos meses.